



Teresa

Jorge Isaacs

Bien hace el hombre en llorar

luego que viene a la tierra,

si supiera dónde nace

nunca los ojos abriera.

No voy a tu granja ya

porque vives tan contenta

y voy a turbar tu dicha

con mis suspiros, Teresa.

Iba, porque junto a ti
5

olvidado de mis penas,

olvidaba mi humildad,

y olvidabas tu riqueza.

Gustábame verte huir

por la frondosa arboleda,
10

provocando mis caricias,

desdeñosa y halagüeña.

Vente conmigo a vivir

a las soledades nuestras.

¿Cómo triste viviría
15

viendo tus ojos de cerca,

pudiendo besar a solas

el ébano de tus trenzas?

¡Ah!, muéstrame siempre así

como entonces, placentera,
20

entre bruñidos corales

tus dientes de húmedas perlas.

Vuelve a esperarme en el río,

y dime esas cosas tiernas

que en secreto me decías
25

temblorosa de vergüenza

y a cantar no volveré

por las noches en tu huerta:

«Bien hace el hombre en llorar

luego que viene a la tierra».

30

Cuando del colegio vino

de figurín a la aldea

ese sobrino del Cura,

que ojalá nunca viniera,

en la granja recogida

35

estabas siempre y contenta;

pero después te gustaron

más que en antaño las fiestas.

Cubriste para mi mal

tus pies, que las azucenas

40

humillaban cuando sola

retozabas en las vegas;

en vez de rosas galanas

y perfumadas resedas

pones hoy en tus cabellos

45

flores falsas y extranjeras.

Yo pensé con azahares

tu frente ceñir, Teresa,

que aunque son menos valiosas

son las flores de mi tierra.

50

¿Serán mejores los chales

con que tu cintura velas

que el corpiño carmesí

bordado de lentejuelas,

con su falda vagarosa

55

que nieves y encajes muestra?

No tengo para que montes,

como tu novio, una yegua

blanca como las espumas,

como los vientos ligera;

60

pero tengo para ti

una cabaña en la sierra,

que formé cerca al raudal

do pasábamos las siestas.

Si en ella a habitar no vienes,

65

el fuego la hará pavesas

y siempre me oirás decir,

cantando al pie de tus rejas:

«Bien hace el hombre en llorar

luego que viene a la tierra».

70

Ya no va al puente tu perro

a avisarme que me esperas,

ni tu abuelo por las noches

nos cuenta cosas de guerras,

mientras tu mano en las mías

75

dejas estrechar risueña...

Ayer me oculté en el soto

de naranjos de tu huerta,

por mirarte así un momento

ya que ni verte me dejan.

80

¿Por qué estabas pensativa?

¿Por qué las flores no riegas

y dejas que se marchiten?

Así no eras tú con ellas.

¡Cuántas en mi corazón

85

crecieron con tus promesas!

Tantas, ¡ay!, como murieron

con el desdén que me muestras.

Cuando el último arrebol

bañó con luz macilenta
90

los movedizos follajes

de las lejanas florestas,

vi dos lágrimas rodar

por tus mejillas, y eran

exprimidas de tu alma
95

por el amor que desdeñas.

Vi en tu ventana esa noche,

tras de las enredaderas,

a tu lado el colegial

que así mi dicha se lleva,
100

las manos besar que un tiempo

me abandonabas risueña.

Un juramento mis labios

pronunciaron que si oyeras,

más lágrimas derramaras
105

que las que mis ojos dejan

vertidas en el follaje

con que tus amores velas,

cuando me alejo cantando

la trova que te atormenta:
110

«Bien hace el hombre en llorar

luego que viene a la tierra».

Esto cuentan que decía

en su delirio a Teresa

un montañés que la amaba
115

y que fue criado con ella.

¡Pobre Pedro! En una noche

que bajaba de la sierra,

vio iluminada la granja

y oyó rumor cual de fiesta;
120

salvó torrentes y abismos

descendiendo hasta la vega,

gemidos y maldiciones

dejando a la noche negra.

Llegó a la granja. En un grupo

125

de curiosos, en la puerta,

tomó a un hombre por el brazo

diciéndole: -¿Qué es la fiesta?

-Es que el sobrino del Cura

se ha casado con Teresa.

130

No brillan así los ojos

del chacal en su caverna,

que sus entrañas heridas

siente por aguda flecha,

como brillaron los ojos

135

del montañés. Una idea

atravesando su mente

fue al fondo de su conciencia,

cual relámpago que el cielo

cruza en noche de tormenta
140

para hundirse en lontananza

del farallón tras las crestas.

Tres noches después, dos hombres

en la montuosa ribera

examinaban un cuerpo
145

cubierto por las arenas:

Era un cadáver. Al rostro

le acercaron sus linternas,

y temblaron al mirar

al esposo de Teresa.

150

Años después, recorriendo

la comarca pintoresca,

patria y sepulcro de un héroe,

terror de huestes iberas,

en un hospital modesto

155

de la villa que fue aldea,

hallé un hombre encadenado

en una sala desierta.

En su rostro macilento,

sombreado por anchas cejas,

160

los estragos admiré

de aquellas fiebres intensas

que el corazón carbonizan

y las miradas revelan.

¡Desgraciado!, murmurome.
165

Sólo un nombre: Pedro era.

Al salir, le oí cantar

aquella estrofa siniestra

que escuchaban sus guardianes

sin comprender su elocuencia:
170

«Bien hace el hombre en llorar

luego que viene a la tierra.

Si supiera dónde nace,

nunca sus ojos abriera».

1860.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

